

CLÁSICOS
A MEDIDA



Estudio en
escarlata
Arthur Conan Doyle

ANAYA

CLÁSICOS
A MEDIDA

Estudio en escarlata

Arthur Conan Doyle

Adaptación de Lourdes Íñiguez
Ilustraciones de Luisa Vera

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de *Estudio en escarlata*, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en cualquiera de las delegaciones de Grupo Anaya y en www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© De la adaptación, introducción, apéndice y notas: Lourdes Íñiguez, 2014

© De la ilustración: Luisa Vera, 2014

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Coordinador de la adaptación: Emilio Fontanilla Debesa
Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, abril 2014

ISBN: 978-84-678-6094-8

Depósito legal: M-5173-2014

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Introducción	7
PRIMERA PARTE	
Capítulo 1. El señor Sherlock Holmes	21
Capítulo 2. La ciencia de la deducción	29
Capítulo 3. El misterio de los jardines de Lauriston	39
Capítulo 4. Lo que John Rance tenía que contar	51
Capítulo 5. Nuestro anuncio nos trae un visitante	59
Capítulo 6. Tobías Gregson demuestra lo que es capaz de hacer	67
Capítulo 7. Una luz en la oscuridad	77
SEGUNDA PARTE: EL PAÍS DE LOS SANTOS	
Capítulo 1. En la gran llanura de sal	89
Capítulo 2. La flor de Utah	97
Capítulo 3. John Ferrier habla con el Profeta	105
Capítulo 4. Una huida para salvar la vida	111
Capítulo 5. Los Ángeles Vengadores	119
Capítulo 6. Continuación de las <i>Memorias</i> de John Watson, doctor en Medicina	127
Capítulo 7. Conclusión	139
Apéndice	147

Primera parte

Tomado de las *Memorias* del doctor John H. Watson,
que sirvió en el Cuerpo Médico del Ejército.



El señor Sherlock Holmes



En el año 1878 obtuve el título de doctor en Medicina por la Universidad de Londres, y seguidamente me inscribí en el curso obligatorio para ejercer como cirujano en el Ejército. Una vez terminados mis estudios, fui nombrado cirujano ayudante del Quinto Regimiento de Fusileros de Northumberland, que en aquel momento estaba destinado en la India, y antes de que yo pudiera incorporarme, estalló la segunda guerra contra Afganistán. Al llegar a Bombay, me enteré de que mi compañía había cruzado la frontera y se había adentrado en el país enemigo, así que me dirigí a Kandahar, donde se hallaba mi unidad, para hacerme cargo de mi nuevo puesto.

La campaña supuso honores y ascensos para muchos, pero a mí no me trajo nada más que desgracias. En una de las batallas, fui herido en el hombro por una bala que me destrozó el hueso y casi rozó la arteria. Podría haber caído prisionero de los

sangrientos *ghazis*¹, si no hubiese sido por la lealtad y el valor de mi asistente Murray, que me cargó sobre un caballo y me llevó sano y salvo hasta las filas británicas.

Debilitado por el dolor y las privaciones que había soportado, fui trasladado en un tren de heridos al hospital de Peshawar, donde me estaba reponiendo cuando volví a caer con las fiebres del tifus, que son una maldición en nuestras posesiones de la India. Durante meses estuve al borde de la muerte. Al fin, empecé a recuperarme, pero estaba tan consumido por la enfermedad que los médicos decidieron enviarme de regreso a Inglaterra. Un mes después, llegué en un barco de transporte militar a Portsmouth, con un permiso de nueve meses.

Yo no tenía ni parientes ni amigos en Inglaterra. Me sentía libre como el aire, al menos todo lo que se puede sentir un hombre con unos ingresos de once chelines y seis peniques al día. Así que me dirigí a Londres, la gran caverna a la que van a parar de manera irresistible todos los desocupados y holgazanes del imperio. Al principio, me instalé en un hotel confortable, hasta que mis finanzas llegaron a un estado alarmante y me vi obligado a cambiar mi estilo de vida y buscar un alojamiento menos pretencioso.

El mismo día en que había tomado esta decisión, me hallaba en la barra del bar Criterion, cuando alguien me dio unos golpecitos en el hombro, me volví y vi al joven Stamford, que había trabajado a mis órdenes en el hospital de San Bartolomé. Era agradable para un hombre solitario ver una cara amiga en la inmensa jungla de Londres; así que lo saludé con entusiasmo y lo invité a comer.

¹ *Ghazis*: habitantes de la ciudad india de Ghazipur, que tuvo un importante papel en las revueltas contra Gran Bretaña, pues sus hombres eran guerreros muy fieros.



—¿Y qué ha sido de su vida, Watson? —me preguntó, mientras cruzábamos las concurridas calles de Londres—. Está tan delgado como un palillo y tan negro como un tizón.

Le conté brevemente mis aventuras de camino al restaurante.

—¡Pobre diablo! —dijo compasivo—. ¿Y qué va a hacer ahora?

—Buscar una habitación cómoda, a un precio razonable —contesté.

—¡Vaya! —comentó—. Es usted la segunda persona que me dice lo mismo hoy.

—¿Y quién fue el primero? —pregunté yo.

—Un hombre que trabaja en el laboratorio de Química del hospital. Esta mañana se quejaba porque no podía encontrar a alguien que quisiera compartir con él un estudio que ha encontrado y que resulta demasiado caro para su bolsillo.

—¡Por Júpiter! —grité—. Si realmente necesita a alguien para compartir apartamento y gastos, yo soy el hombre adecuado, pues no me gusta vivir solo.

El joven Stamford me miró de una manera extraña y comentó:

—Todavía no conoce a Sherlock Holmes. A lo mejor no le gusta tenerlo por compañero. Es un hombre algo raro, un entusiasta de algunas ramas de la ciencia.

—¿Estudia Medicina, tal vez? —pregunté.

—No —contestó—. Por lo que yo sé, nunca ha seguido ningún curso de Medicina; pero conoce bien la anatomía y es un químico de primera. Posee además una larga serie de conocimientos extravagantes, que asombrarían a cualquier profesor. Para mi gusto, Holmes es demasiado científico, siente verdadera pasión por lo concreto y lo exacto.

—¿Le ha preguntado usted alguna vez qué pretende con ello? —dije.

—No. Es un hombre poco comunicativo, aunque puede ser muy hablador cuando está de buen humor.

—Me gustaría conocerlo —aseguré—. Si tengo que vivir con alguien, prefiero que sea un hombre estudioso y de costumbres tranquilas. Todavía no me siento lo suficientemente fuerte como para soportar el ruido y el ajetreo. Con el que tuve en Afganistán tengo bastante para el resto de mi vida. ¿Cómo puedo conocer a su amigo?

—Seguro que está en el laboratorio —contestó—. Si quiere, podemos acercarnos después del almuerzo.

—¡Por supuesto! —aseguré. Y pasamos a hablar de otros temas.

El hospital era un gran edificio de piedra, que me resultaba bien familiar. Al final de uno de sus largos y estrechos pasillos, llegamos al laboratorio de Química. Consistía en una amplia sala, llena por todas partes de botellas alineadas en estanterías. Decenas de tubos de ensayo y diversos instrumentos se esparcían por las mesas. Y sobre una de ellas, absorbido en su trabajo, se inclinaba la única persona que allí se hallaba. Al oír nuestros pasos, levantó la cabeza y exclamó tan lleno de júbilo como si hubiese descubierto una mina de oro:

—¡Lo he encontrado! ¡Lo he encontrado! Un agente que reacciona ante la hemoglobina y solo ante ella. —Y se acercó a nosotros.

—El doctor Watson, el señor Sherlock Holmes —dijo Stamford presentándonos.

—¿Cómo está usted? —dijo cordialmente, estrechando con fuerza mi mano—. Por lo que veo, ha estado en Afganistán.

—¿Cómo lo sabe? —le pregunté asombrado.

—¡Ah! No tiene importancia. Lo que interesa ahora es la hemoglobina. Se da usted cuenta de que este es el descubri-

miento más práctico en la medicina legal de los últimos años. Venga a verlo. —Y me tiraba de la manga, entusiasmado, para que me acercara a la mesa en la que había estado trabajando—. Esto nos dará una prueba infalible de las manchas de sangre. ¿Qué le parece?

—Pues, una prueba muy fiable —comenté.

—¡Ja! ¡Ja! —gritó, haciendo palmas—. Si se hubiese inventado antes, cientos de personas que ahora se pasean libremente estarían pagando sus crímenes hace tiempo. A partir de ahora tenemos la prueba de Sherlock Holmes. Se acabaron las incertidumbres.

En su cara se esbozó una sonrisa e hizo una reverencia como si una multitud imaginaria le estuviera aplaudiendo.

—Usted se merece que lo feliciten —dije, divertido ante su entusiasmo.

—Nosotros hemos venido por un asunto —cortó Stamford, sentándose en un taburete y empujando otro con el pie hacia mí—. Aquí mi amigo está buscando alojamiento, y como usted se quejaba esta mañana de que no podía encontrar a nadie con quien pudiera compartir, pensé que lo mejor sería traerlo para que se conociesen.

Sherlock Holmes pareció encantado con la idea y explicó:

—Le he echado el ojo a un estudio amueblado en el 221B de Baker Street, que nos iría muy bien a los dos. A usted no le molesta el fuerte olor del tabaco, ¿verdad?

—Yo soy fumador también de buen tabaco —contesté.

—¡Estupendo! A ver qué más. Generalmente, tengo productos químicos con los que hago experimentos. ¿Eso le molesta?

—En absoluto.

—¡Veamos! —prosiguió—. ¿Cuáles son mis otros defectos? A veces me entra la depresión y me llevo sin hablar varios días.



Pero usted no debe pensar que estoy enfadado; simplemente déjeme solo hasta que se me pase. Y ahora, usted, ¿tiene algo que confesar? Porque es lógico que dos personas que van a vivir juntas conozcan lo peor de cada una.

Me reí ante semejante interrogatorio, y expuse:

—Tengo un perro cachorro y no me gustan los ruidos, me atacan los nervios, que los tengo destrozados. A veces, me levanto a las horas más intempestivas, porque soy extremadamente vago. Tengo otros defectos, pero estos son los principales, de momento.

—¿Incluye usted en los ruidos el del violín? —preguntó con ansiedad.

—Bueno, depende del violinista —contesté—. Un violín bien tocado es una delicia, pero mal tocado...

—¡Está bien! De acuerdo —exclamó con alegría—. Creo que podemos dejar el tema cerrado. Venga a recogerme mañana al mediodía e iremos juntos a ver el estudio.

—Perfecto. A mediodía exactamente —dije, apretando su mano.

Lo dejamos con sus fórmulas y caminamos hacia mi hotel.

—Por cierto —le dije de repente a Stamford—, ¿cómo podía saber que yo había venido de Afganistán?

—¡Oh! Ese es justamente el enigma que mucha gente quisiera conocer, y una de sus peculiaridades. Así que debe usted estudiarle.

—¡Adiós! —me despedí al llegar, realmente interesado en mi nueva amistad.



Estudio en escarlata es la primera de una serie de novelas protagonizadas por el detective más universal de toda la novela policiaca escrita hasta hoy: el fascinante Sherlock Holmes, quien, con sus dotes de observador y su método analítico deductivo, ha sabido ganarse a cientos de seguidores y a miles de admiradores en todo el mundo.

